

ba de terminar la batalla más encarnizada de la guerra o una de las más encarnizadas.

Un día salimos una patrulla a recoger armas abandonadas. Los franquistas estaban lejos de Brunete y nos movíamos sin peligro. El terreno es llano, con algunos barrancos y montículos. Encontramos un arroyo que corría transparente. El agua estaba tibia. Era verano, bebimos agua y patrullamos hacia arriba. Cuando salió una nube de moscas de todos los tamaños. Algo raro había por allí. Efectivamente, un poco más arriba había un muerto en estado de descomposición. Prácticamente en el arroyo. Mi estómago no aguantó. Me acordé del agua que había bebido y empecé a vomitar. No comí en tres días. Por poco me muero. Sentía una depresión tan grande, unida a una melancolía recordando cuando se formó el Batallón, aquellos primeros días de entusiasmo y moral. Ahora todo era nuevo. La gente era buena, pero no lo mismo que antes. Cogí la pluma y le escribí a mi madre para que fuera a la comandancia y me reclamara por ser menor de edad y estar herido, pues la herida estuvo fresca por espacio de un año. Ahora, a los 70 años, todavía está sensible la piel. La reclamación la aprobaron y a los 15 días ya estaba en Guadalajara.

El día que me marché de la Compañía dejé dos hermanos, Braulio y Julián. A esos no les pasó nada en la batalla de Huesca. Se despidieron sin decir una palabra, pero yo sabía que a ellos no les gustó mi decisión. Pero ya estaba tomada. A Julián jamás lo volví a ver. Lo fusilaron en Guadalajara en 1941, justo cuando yo fui trasladado de Alicante a Guadalajara. No pude verlo.

En la vida civil empecé a trabajar en una fábrica de guerra. Hacíamos picos para los zapadores. Fue muy poco tiempo, creo que unos cuatro meses. Aquí estaba por que en el frente todas las noches había una alarma. A veces bombardeaban. La mayoría lo hacían para molestar a la población civil pues allí no había militares. El único objetivo era el fuerte donde yo trabajaba y en el tiempo que yo estuve allí nunca bombardearon. Una semana que yo trabajé de noche, mi madre me dejó durmiendo pues salí de trabajar a las 6 de la mañana. Ella fue a buscar la ración que daban semanal. Todo estaba ya racionado. Le dijo a una vecina que si sonaba la alarma que me llamara. Un día vino la aviación fascista y bombardeó desde la estación hasta mi casa. La señora, cuando oyó la sirena, salió disparada para el refugio y a mí no me llamó. Me despertaron las bombas y los cristales rotos. Salí de la cama tal y como estaba. Cuando iba por la escalera me di cuenta que estaba casi desnudo y las bombas cayendo. Me vestí como pude y salí para el refugio. Allí estaba la señora. Cuando me vio se quedó fría. Se disculpó diciéndome que no se acordó de llamarme. Mi madre le formó una bronca.

Un buen día movilizaron a mi quinta. Yo decía para mí que fenomenal: ahora yo veterano, herido de guerra, voluntario de los primeros milicianos, voy a hacer de recluta; pero la suerte, que ha estado conmigo, esta vez no me faltó. Me encuentro a un tipo y me dijo: "Movilizaron tu quinta", "Lo sé", "¿Qué vas a hacer?", "Pues presentarme", "Me dijo un amigo en el Comité de las Juventudes que estaban solicitando gente de confianza para tanques". Le pedí la dirección de reclutamiento en Madrid y para allí fui. Me preguntaron una serie de cosas sobre mí. Cuando les expliqué mi trayectoria en la guerra con papeles, también mi afiliación política, me reclutaron en el acto. Fui para mi casa, busqué algunas cosas y regresé. No me quise despedir de nadie, ni siquiera de mi novia que trabajaba en el fuerte.